

EL PATRIOTISMO

LA CIUDAD ANTIGUA.—
(Fustel de Coulanges, *Libro III. Cap. XIII*).

La palabra patria significaba, para los antiguos, la --
tierra de los padres, terra patria. La patria de cada hombre era la parte
de terreno que su religión doméstica y nacional había santificado, la tie-
rra donde reposaban los huesos de sus antepasados, y ocupada por sus almas.
La patria chica era el recinto familiar, con su hogar y su tumba. La patria
grande era la ciudad, con su pritaneo y sus héroes, con su recinto sagrado y
su territorio marcado por la religión. "Tierra sagrada de la patria", decían
los griegos. No era ésta una vana frase. Este suelo era verdaderamente sagra-
do para el hombre, pues estaba habitado por sus dioses. Estado, ciudad, patria:
estas palabras no eran una mera abstracción, como entre los modernos; represen-
taban realmente todo un conjunto de divinidades locales; con un culto cotidia-
no y creencias arraigadas en el alma.

Así se explica el patriotsme de los antiguos, sentimiento-energico que era para ellos la virtud suprema, a la que subordinaban todas -- las demás. Cuanto para el hombre había de más caro se confundía con la patria. En ella encontraba su bien, su seguridad, su derecho, su fe, su dios. Al perderla, lo perdía todo. Era casi imposible que el interés privado estuviese en desacuerdo con el interés público. Platón dice: La patria nos engendra, nos sustenta, nos educa. Y Sófocles: La patria nos conserva.

Tal patria no sólo es para el hombre un domicilio. Que abandone sus santas murallas, que rebase los límites sagrados del territorio, y ya no hay para él ni religión ni lazo social de ninguna especie. En cualquier parte, fuera de su patria, está al margen de la vida regular y del derecho; se encuentra sin dios y fuera de la vida moral. Sólo en su patria encuentra su dignidad de hombre y

sus deberes. Sólo en ella puede ser hombre.

La patria ata al hombre con un lazo sagrado. Es preciso amarla como se ama a la religión, obedecerla como se obedece a Dios. "Es preciso entrearse a ella todo entero, dársele todo, consagrárselo todo". Es preciso amarla gloriosa u oscura, próspera o desgraciada. Es preciso amarla en sus actos bienhechores, y amarla en sus rigores también. Sócrates condenado por ella sin razón, no debe amarla menos. Es preciso amarla como Abraham amó a su Dios, hasta safricicarle su propio hijo. Y, sobre todo, es preciso saber morir por ella. El griego y el romano apenas mueren por adhesión a un hombre o por punto de honor; pero consagran su vida a la patria, pues si se ataca a la patria, se ataca a la religión. Realmente combaten por sus altares, por sus hogares, PRO PATRIA ET POCIS; pues si el enemigo se apodera ~~de~~ de la ciudad, sus altares caerán, sus hogares se apagrán, sus tumbas serán profanadas, sus dioses serán ~~matemidos~~ destruidos, su culto se extinguirá. EL AMOR DE LA PATRIA ES LA PIEDAD DE LOS ANTIGUOS.